

NECESITAMOS MONJES, AUTÉNTICOS CONTEMPLATIVOS

*P. Lic. Gabriel Zapata, I.V.E.
San Rafael, Argentina*

Junto a la alegría del Nacimiento del Salvador, en la Noche Buena de este año, la Rama Contemplativa Masculina del Instituto del Verbo Encarnado, cumplió sus bodas de plata. En la Misa del 24 de diciembre de 1988, presidida por el p. Carlos Buela, Fundador del Instituto del Verbo Encarnado, se había dado inicio a la Vida contemplativa en la Familia del Verbo Encarnado.

Se trata de una gran alegría para nuestra Familia y para toda la Iglesia. El agradecer esta fundación y estos años de perseverancia y las vocaciones contemplativas que van en aumento, nos da ocasión, además, para hacer una reflexión acerca de la necesidad de la oración en la vida de la Iglesia y, en concreto, de la necesidad de que se multipliquen los monasterios en toda la faz de la tierra.

Necesitamos monjes

Dice la Regla monástica del Instituto: «Toda la vida de los religiosos debe ordenarse a la contemplación como elemento constitutivo de la perfección cristiana; sin embargo, es necesario que algunos fieles expresen esta nota contemplativa de la Iglesia viviendo de modo peculiar, recogándose realmente en la soledad.... Ésta ha sido la misión de los monjes, quienes fueron y siguen siendo testigos de lo trascendente, pues proclaman con su vocación y género de vida que Dios es todo y que debe ser todo en todos».

«Quienes movidos por Dios abrazan la vida monástica dentro de nuestra familia religiosa, consagrarán sus vidas a contemplar y a vivir el misterio del Verbo Encarnado[2], especialmente en la máxima expresión de su anonadamiento que es la cruz».

Para profundizar en la maravillosa verdad de la Encarnación, necesitamos más monjes que penetren el misterio y vivan de él. Necesitamos, además de buenos libros de teología y fervorosos predicadores, hombres que a través del silencio, de la humildad, de la abnegación total hagan creíble y hasta visible que verdaderamente el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14). Porque ¿de dónde ese amor al silencio si no es porque el Verbo se hizo silencio en el seno de María y en el Hogar de Nazaret? ¿De dónde esa actitud y ese porte humilde si no es porque Cristo Rey logró su triunfo sobre Satanás anonadándose a sí mismo y hecho obediente hasta la muerte de Cruz!¹ ¿De dónde esa familiaridad con la cruz cotidiana si no es porque el Verbo tomó un cuerpo para ofrecer el sacrificio?

En todo buen cristiano se debe intuir la Encarnación. Pero, sin duda que el monje está llamado a realizar una particular predicación de este misterio con su propia vida.

Necesitamos más monjes para que nos ayuden a penetrar esta verdad fundamental predicada por San Pablo: todas las cosas se disponen para el bien de los que aman a Dios (Rom 8,28).

¿Qué misión tienen los monjes en este sentido? Tienen que ser los grandes contemplativos del Designio de Dios, por el que ha decretado salvar a los hombres haciéndose carne. Y esto es fundamento de la confianza en la Divina Providencia, porque al contemplar dicho Designio «debemos aprender a mirar todo como venido de Aquél que no se olvida ni de un pajarillo... y tiene contados hasta nuestros cabellos. Por eso enseña San Pablo que todas las cosas se disponen para el bien de los que aman a Dios (Rom 8,28). Al decir todas las cosas, no exceptúa nada»².

Todo se dispone para el bien. Que el monje lo viva, que esta confianza convertida en certeza se trasunte por sus poros, que se lea en sus gestos, en su mirada. *Omnia cooperantur...* Todas las cosas. Esas tentaciones que humillan, esas noticias que apenan, esos fracasos que arrancan lágrimas, esas persecuciones, esa desolación que lacera el alma. Todo, todo, todas las cosas se disponen para el bien... Nuestros monjes tienen que dar ejemplo

¹ Cfr. Fil 2,6-8.

² Directorio de Espiritualidad 67.

y enseñarnos a ver y a leer las cosas a la luz de esta fe, como lo hizo la Virgen contemplativa. No comprendía las palabras misteriosas del Niño («Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?») Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Lc 2,49-50). La Virgen no comprendía, pero aceptaba: ... Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón (Lc 2, 51).

Necesitamos monjes que sean un baluarte contra el activismo que seca las almas de tantos buenos corazones y de tantos religiosos desprevenidos. También el monje puede tener esa tentación, pero la debe vencer y debe mostrar a los hombres cómo se vence y cómo hay que darle primacía a lo espiritual sobre lo material, a lo eterno sobre lo temporal. Los sacerdotes predicán, celebran, los mismos laicos muchas veces se sienten comprometidos con el apostolado y hacen mucho bien. Pero si este trabajo no se completa con una enseñanza de la oración y de la contemplación, queda a mitad de camino. Decía el p. Mario Petit de Murat en la famosa «Carta a un trapense», donde le insistía al padre superior que concretara la fundación en Argentina: «El Bautismo, los Sacramentos, necesitan de un clima, de un encendido amor y cuidados para desarrollarse. La vida monástica es la única que los da cabales, como el don de Dios lo merece. La respuesta del monje es la exacta, posible al hombre, frente al requerimiento de un Dios hecho hombre por nosotros».

Y siguiendo esa carta, también decimos que necesitamos monjes, porque necesitamos «fundadores». Fundadores de la fe, que hacen echar raíces a la fe. Fundadores de ciudades. La ciudad ya está, pero todavía su fe no echó raíces, y ese es una de las grandes misiones de los monasterios: enraizar la fe en los pueblos. Lo dice de manera clarividente el p. Petit de Murat, hablando de la aptitud fundacional del monacato:

La situación histórica actual de la Argentina llama al monaquismo, como la tierra roturada llama a la semilla. Para ello me veo obligado a hacer el esfuerzo de referirme a un aspecto primordial y poco conocido de las instituciones monásticas: su sentido fundacional.

Cuando se da una verdadera transfiguración ha habido una verdadera fundación, pues ésta no es otra cosa que cimentar algo en lo eterno. Toda otra cosa no está fundada, ya que el esfuerzo o la intención que la quiera sostener, tiene necesariamente una medida en el

tiempo, y pereciendo, con más razón perecerá lo que en el esfuerzo se sustentaba.

/.../ Por eso no fundamos nada. Las almas; las realidades que tratamos se levantan parcial o momentáneamente y luego languidecen. Lo cotidiano no puede transfigurarse en las manos de Sacerdotes y Religiosos tomados por los defectos del mundo, que están llamados a contradecir para salvar.

El monje se ha sumergido en ese maravilloso misterio de Redención completa. Quizá muchas veces no lo entienda: lo más importante es que obedece y lo cumple: *sufficit*. Por el total holocausto a Nuestro Señor Jesucristo, de los votos solemnes, el alma retorna al Padre; por el alma, el cuerpo, por el cuerpo y el trabajo, la tierra. Sus arados y sus martillos, al rasguido de las plumas y las gubias abren círculos de canto alrededor de ellos, consumación de la ardiente salmodia que, antes, rodeó al Altar de la Inmolación.

/.../ Si esto es así, como indudablemente los es, llegamos a la conclusión de que nuestro país está en el vacío y va a la deriva. Aún no ha sido fundado sobre lo eterno: su Monacato es apenas insipiente.

España no terminó su obra en América; aquí existen aún zonas extensas desprovistas de clero, cuya fe católica se funda nada más que en profundas reminiscencias de lo que aquellos misioneros sembraron. Sin embargo, la poderosa corriente misional española se frustró, en parte; al no consumarse en su fruto lógico, la fundación de monasterios, la Iglesia tampoco se estabilizó en una posesión definitiva de lo temporal para Cristo.

Esta idea «fundacional» parece venir expresada por el mismo Directorio: «Además del fin universal y común, y del fin propio de la Vida Consagrada, la Rama Contemplativa del Instituto del Verbo Encarnado tiene un fin específico, -evangelizar la cultura, prolongando así la Encarnación-. Este fin específico lo llevan adelante con su particular consagración, fundando en el *unum necessarium* (Lc 10,42) toda la obra del Instituto [3], pues los religiosos dados únicamente a la contemplación contribuyen con sus oraciones a la labor misional de la Iglesia, “ya que es Dios quien movido por la oración, envía operarios a su mies, despierta la voluntad de los no-

cristianos para oír el evangelio y fecunda en sus corazones la palabra de salvación...”[4]».

Finalmente, necesitamos monjes que nos defiendan, que se pongan en la brecha: «He buscado entre ellos alguno que construyera un muro y se mantuviera de pie en la brecha ante mí, para proteger la tierra e impedir que yo la destruyera, y no he encontrado a nadie. Entonces he derramado mi ira sobre ellos; en el fuego de mi furia los he exterminado: he hecho caer su conducta sobre su cabeza, oráculo del Señor Yahvé» (Ez 22,30-31). Que cada cristiano se ponga en la brecha. Pero aquél que está particularmente llamado a este oficio de «amansar a Dios»³ que no resigne su puesto. San Juan de Ávila lo pide para todo sacerdote, pero lo podemos pensar que con más razón lo diría cuando hablamos del sacerdote monje. Lo necesitamos. Con una oración mediocre, superficial no se resiste en la brecha. «¿Y así se ha de amansar a Dios? ¿Así se ha de alcanzar la paz de las guerras, la fe para los infieles, la conversión para los pecadores y el estar los justos en pie?»⁴.

Por ese motivo el Directorio de Espiritualidad sentencia: «Nuestros monasterios de vida contemplativa deben ser imanes de la gracia de Dios y pararrayos de su ira. ¡Ojalá pudiésemos multiplicarlos por todo el mundo! “La Iglesia y el mundo... necesitan... de una pequeña sociedad ideal donde reina, como fin, el amor, la obediencia, la inocencia, la libertad de las cosas y el arte de su buen empleo, la prevalencia del espíritu, la paz, en una palabra, el Evangelio”»⁵.

Por todo lo dicho, es una gran alegría este 25º Aniversario de la Rama Contemplativa. Tenemos que rezar mucho para que Dios suscite muchos monjes en la vida de la Iglesia, para que haya muchos que se pongan en la brecha y sostengan a los que trabajando en el mundo también se pongan como escudo de la Justicia Divina.

³ Cfr. SAN JUAN DE ÁVILA, *Escritos Sacerdotales*, Madrid 1969, 199ss.

⁴ Idem... p. 201.

⁵ DE 93.